

UN MAESTRO DE ORADORES

Por LUCIANO DE SAMOSATA

(Traducción del griego por Julián Motta Salas)

Me preguntas, joven, cómo puedes llegar a ser un orador público y tenido en precio como el más imponente y honrado por todo el mundo con llevar el glorioso nombre de sofista, pues tienes para ti que no vale la pena de vivir la vida sino cuando alguien adquiere el poder de encerrarse a sí mismo dentro de tal acervo de elocuencia que pueda llegar a hacerse invencible e irresistible, a ser admirado, atraer sobre sí las miradas de todos y ser reputado entre los griegos por el más digno de envidia y por regalo y deleite para sus oídos. En consecuencia, estás ávido de conocer cuáles son los caminos que conducen a esa meta.

Puesto que no tengo por qué ser envidioso, joven, especialmente cuando uno más mozo tiene el deseo de saber la mejor de todas las cosas, sin hallar los medios por que podría llegar a ese fin, se acerca, cual tú lo haces ahora, como a un santuario en busca de consejo. Por tanto, escucha, y mientras permanezcas a mi lado, tendrás gran confianza en que, cuanto antes, serás hombre hábil para saber lo que se ha menester para decir e interpretar cuanto se necesita con palabras, si por tu parte estás dispuesto a guiarte por cuanto oigas de mí, si tratas de ponerlo en práctica cuidadosamente y seguir lleno de celo el camino hasta que llegares al fin.

Cierto que no es cosa poca ni de poco momento el esfuerzo que requiere, sino más bien algo por lo cual hay que trabajar mucho, no dormir y permanecer con pie firme para cuanto se juzgue digno del empeño. Mira, pues, a cuantos que antes eran la misma nada cómo llegaron a ser hombres reputados y ricos y, ¡por Júpiter!, hasta pasaron por caballeros en razón de su elocuencia. Así que no te desanimes, no te descorazonas ante la grandeza de las esperanzas y piensa que antes de llegar a la cima has de pasar por muchos trabajos. No te conducimos por un camino escarpado, ni lleno de precipicios fatigosos que hacen sudar, como para que regreses a medio camino lleno de cansancio, ya que no seríamos mejores que otros guías que siguen el acostumbrado camino, que es largo, pendiente y fatigoso y, por regla general, sin esperanza. Bien al contrario, mi consejo tiene esto de re-

comendable por modo excelente, y es que ascendiendo a modo de un reposado viaje a través de florecidos campos y un sombrero bosque, con gran solaz y regalo por un declive y camino de herradura que tan corto es como apacible, alcanzarás la cumbre sin exudación, harás tu viaje sin esfuerzo y, ¡por Júpiter!, harás un festín descansadamente, mirando abajo desde la altura a los que llevan otra vía y trepan fatigadamente hacia arriba por despeñaderos enhiestos y resbaladizos, todavía en la base de las cuestas del ascenso, balanceándose primeramente de cabeza hacia afuera de tiempo en tiempo y teniendo muchas heridas sobre las rocas agudas; pero tú, entre tanto, a lo largo de la cima ante ellos, con una corona sobre tu cabeza, serás afortunado más allá de toda ponderación porque habrás alcanzado de la Retórica, en un instante, casi como en un sueño, todas las bendiciones que allá hay.

Grande es mi ofrecimiento ciertamente; pero en nombre de la amistad de tu patrón, no desconfíes de mí cuando te digo que te mostraré que su adquisición es a un tiempo mismo fácil y agradable.

¿Pues qué? Habiendo tomado Hesíodo una o dos hojas del Helicón llegó al punto a ser, en vez de un pastor, un poeta que cantó las genealogías de los dioses y de los héroes. ¿Es imposible entonces llegar a ser en poco tiempo un orador público, que está lejos del gran estilo de la poesía, si alguno examina atentamente el camino más corto?

En cuanto a mí toca quiero contarte el cuento de cierto comerciante. Sidonio cuya tardía incredulidad se le hizo sin efecto y sin provecho al hombre que la oyó. Era entonces gobernante de los Persas Alejandro, que había destronado a Darío después de la batalla de Arbela, y habían corrido postas por todas partes llevando las órdenes del gobernante Alejandro. Era largo el camino desde Persia hasta Egipto, pues había menester hacer un rodeo por las montañas, ir luego de Babilonia a Arabia, atravesar después un ancho desierto antes de llegar difícilmente a Egipto, pues para un hombre ágil eran necesarios más de veinte días de jornadas. Ahora bien; fastidioso por esto Alejandro porque había oído que los Egipcios estaban sobreexcitados y él no tenía por el momento a quién mandar a los sátrapas para hacer cumplir sus decisiones acerca de ellos. A esta sazón dijo el comerciante Sidonio: "Yo ofrezco mostrarte, ¡oh rey!, un camino más corto de Persia a Egipto. Si alguien pasa por estas montañas —y las pasaría en tres días—, ése está seguramente en Egipto!" Y así era la verdad. Sin embargo, no creyó en eso Alejandro, sino pensó que el mercader era un embaucador (1). Pero tú no lo soportes, pues la experiencia te convencerá de que nada puede impedirte llegar a ser un orador en sólo un día, un día entero volando a través de la montaña de Persia a Egipto!

(1) El comerciante Sidonio estaba exagerando; pero, dice el comentador de Luciano, que había verdad en su relato, pues cruzando desde Persépolis las montañas que están sobre el golfo Pérsico, podría uno seguir la ruta que lleva de Alejandría sobre el Tigris (Charax) a Petra (Cfr. Plinio 6.145), desde donde se puede llegar a Rhinocolura, y así a Egipto. Esta habría sido más corta que la normal por Susa, Babilonia y Damasco, pero no habría sido la más rápida en modo alguno.

Quiero, antes de todo, pintarte con palabras una pintura, como aquel antiguo Cebes, y mostrarte uno y otro camino, porque dos son los que llevan a la Retórica, de la cual me pareces sin medida enamorado. Y así, déjala sentada sobre un alto lugar, verdaderamente hermosa y de bello rostro, con el cuerno de Amaltea en la diestra mano lleno de toda clase de frutos. Al lado de su imagen me parece que ves en pie la riqueza, dorada toda y cariñosa. La Fama y el Poder la sostienen, y los elogios de toda ella, parecidos a menudos Cupidos bullen a su alrededor por todas partes revolando y zumbando como enjambres abrazándolas por todos sus lados.

Si en alguna parte has visto el Nilo representado en una pintura y reposando al lado de su corriente un cocodrilo o un hipopótamo, cuales muchos se ven jugando a su vera como pequeños niños —cúbitos los llaman los Egipcios— tales son los requiebros o galanteos que rodean a la Retórica.

Acércate ahora tú, su amator evidentemente, deseando alcanzar la altura para casarte con ella cuando la ganes y poseer todo lo que ella tiene: la riqueza, la fama, los elogios; pues por ley viene a ser de quien se casa. Luego, cuando te acerques a la montaña, pierdes al principio la esperanza de trepar a la cumbre y la empresa se te hace precisamente semejante a la que se les mostró a los Macedonios cuando vieron el Aorno escarpado por cada lado, lejos de poder ser alcanzado ni por los pájaros, por lo cual, si pudiera ser escalado, fuera menester la ayuda de un Dionyso o la de un Heracles.

Eso te parece al principio; pero ves después dos caminos. Por mejor decir, es angosto uno de los caminos, entreverado de zarzas y duro, que anuncia mucha sed y sudor; ya estuvo antes Hesíodo y lo describió cuidadosamente, de tal manera que no necesitaré hacerlo. El otro es ancho, florido y de abundantes aguas, tal como lo he descrito poco antes, para no detenerte diciéndote muchas veces unas mismas cosas cuando tú puedes ser ya un buen relator. Salvo que debo agregar al menos esto: Que aquel duro y escarpado camino acostumbrado no tenía muchas huellas de pasajeros, sino algunas, completamente antiguas. Yo mismo, afortunado, pasé por aquellos trabajosos caminos sin tener ninguna necesidad; pero mientras que el otro estaba a nivel y no tenía ninguna tortuosidad, lo veía de lejos como se me aparecía sin que lo hubiese trajinado. Tú ves, por ser joven aún, que yo no podía discernir cuál era el mejor, pero comprendí que aquel poeta (2) pensaba lo verdadero al decir que los bienes se engendran de las fatigas. Sin embargo, eso no era así, pues veo que a muchos se les juzga dignos de las mayores satisfacciones sin fatiga alguna, a través de la escogencia venturosa de las palabras y caminos.

En una palabra y para regresar al punto de partida, bien sé que estás incierto y que ahora mismo dudas acerca de cuál camino vas a seguir. Por esto te diré ya, lo que debes hacer para subir a la más alta cúspide con la mayor facilidad a fin de ser afortunado, para ca-

(2) Hesíodo.

sarte y para ser reputado por todos por persona admirable. Pues es suficiente haber sido engañado y fatigarse. En cuanto a ti, que todo crezca sin haber sido sembrado, ni trabajado, como en el tiempo de Cronos.

Inmediatamente se te acercará un hombre vigoroso, un poco duro, que anda a grandes zancadas, que muestra su cuerpo curtido por el sol, de viril estampa, descarado mirar y vivaz. El es el guía de aquel fragoroso camino y te dirá una serie de necedades ese bobalicón que cruza delante de ti. Exhortándote a seguirle, te mostrará las huellas de Demóstenes y de Platón y algunos otros, grandes huellas, lo doy de barato, demasiado grandes para nuestros días, pero borrosas y poco claras la mayor parte por el lapso transcurrido; te dirá que serás feliz y que contraerás un matrimonio legal con la Retórica si sobre estas cosas siguieres sus huellas como un bailarín en la cuerda.

Pero si dieras un pequeño paso en falso, o pusieras tus pies afuera, o inclinaras tu peso a un lado como una balanza, te caerás del camino recto que lleva al matrimonio. Entonces te dirá él que hay que emular a aquellos antiguos hombres beneméritos y pondrá rancieros paradigmas para tus palabras, en modo alguno fáciles de ser imitados, parecidos a las esculturas en su antigua confección, cuales las de Egesias, las de Crito y Nesiotes, finamente cortadas, fuertes, endurecidas, rigurosamente definidas en sus perfiles. Dirá que el trabajo penoso, el insomnio, la abstención del vino y el desaliño son necesarios e inexorables, pues sin esto es imposible concluir la jornada. Pero lo más molesto de todo es que él te prescribirá el tiempo que será sobremanera largo para la jornada, muchos años, no días ni meses, sino por un número completo de olimpiadas, de tal manera que al oírlo sucumbas y así te desalentarás dando una amorosa despedida a la buena fortuna que esperabas. Además, eso demanda no pocas gratificaciones por todas esas penalidades, pero no te guiaría a menos de dar una inmensa suma de dinero anticipadamente.

Lo cual te dirá el hombre, el impostor, el arcaico, como verdaderamente antediluviano, que despliega a los muertos de la edad pasada poniéndolos como pautas para desenterrar discursos antiguos ha tiempo enterrados como algo excelentemente bueno, deseando que emules al hijo de un forjador de espadas y a algún otro camarada hijo de un rival de cierto maestro de escuela llamado Atrometo, y eso en tiempos de paz, sin que Filipo hiciese una incursión, ni Alejandro diese órdenes, donde quizá sus discursos hubiesen sido útiles. No sabe él qué camino corto, fácil y sin ningún trabajo lleva directamente a la Retórica. Tú no te persuades ni le atiendes por miedo de que te desnude apoderándose de ti en alguna parte después de tomarte a su cargo, o de que te vuelvas viejo finalmente con los trabajos que te prepara. Pero si en verdad amas y deseas casarte inmediatamente con la Retórica mientras estás aún en la flor de la vida, de tal manera que ella pueda apasionarse en ti, anda, dile adiós a ese rizado y mediocre amigo masculino dejándole trepar por sí mismo, todo jadeante, chorreando sudor, dejándolo sin aliento y a otros cuantos a quienes puede engañar.

Yendo al otro camino hallarás mucha gente y entre ella alguno dotado de la mayor sabiduría, y un hombre muy hermoso que se sacude al andar, delgado el cuello, de femenino mirar, voz meliflua, que respira perfume y se rasca con la punta del dedo la cabeza ligeramente, de escasos cabellos aún, más rizados y negros como de cuervo y cuidadosamente alineado el cabello, pero de color de jacinto, bien arreglados, muy bello como un ardanápalo, un Cinyras, un verdadero Agathón, aquel encantador escritor de tragedias. Digo que lo conoces por estas señas y que no puedes hacerte el de la vista gorda ante una criatura tan maravillosa y tan querida a Afrodita y a las Gracias. Sin embargo, ¿qué digo? Aun si al venir y estando tú callado te dijese algo, abriendo Hymetto aquella boca y soltando al aire aquellas usuales entonaciones, descubrirías que no es como nosotros que comemos el fruto del campo, sino como un fantasma extraño, alimentado por el rocío o por la ambrosía.

Pues bien, si vas a él y te pones en sus manos, luego al punto serás un brillante orador, celebrado y, como él mismo se llama, rey en las oraciones para conducir la elocuencia sin trabajo en carruajes tirados por cuatro caballos. Para tomarte a su cargo te enseñará los primeros elementos, mas deja que él mismo se dirija a ti. Para mí sería ridículo dirigirte la palabra en nombre de tan habilidoso orador, como que a esta edad estaría pobremente entrenado para asuntos de esa naturaleza e importancia; podría caer derribado y así quitarle apoyo al héroe a quien yo representase.

Por lo cual se dirigiría a ti de cierta manera echando atrás la cabellera que le queda aún, sonriendo tenuemente de modo cortés y delicado, según su costumbre, y rivalizando con la misma Thais de cómica fama, o con Malthaces, o alguna Glicera, imitando la dulzura y suavidad de su palabra, ya que la masculinidad es rústica y no es consentánea al temperamento delicado y amable de un orador. Se dirigiría a ti, pues, comportándose moderadamente consigo mismo. "A ti, querido amigo, te envié a mí Apolo Pytio, llamándome el mejor de los oradores, como cuando Cherefón le preguntó y se mostró diciendo que era el más sabio entonces de esa generación? Si eso no es así y tú has venido por tu propia voluntad a la husma de ese rumor porque has oído a todo el mundo hablar de mis hazañas con estupefacción, cantos de honor y de temblor de sí mismo, inmediatamente sabrás cual superhombre ha venido a ti. No esperarás ver nada que puedas cotejar con éste o con ése, aun cuando sea un Tityo, un Oto o Efiates, porque si consideras las hazañas demasiado prodigiosas o monstruosas más que las de aquellos, ya que están arrogantes de que suenan más que otras, hallarás que yo las sofocaré más que las trompetas hacen callar las flautas, o las cigarras a las abejas, o los coros a quienes los presentan o les dan el tono.

Puesto que quieres llegar a ser un orador y eso no lo podrían aprender fácilmente de otro alguno, solamente escucha, joven, todo cuanto te diré, imítalo y guarda con cuidado las reglas que te ordenaré seguir. Más bien, apresúrate inmediatamente; no seas perezoso, ni te

lles de estupor si no marchas a través de todos aquellos ritos de iniciación que son previos para la Retórica, para los cuales una instrucción preparatoria guía los pasos de un imbécil y un parapoco a costa de un gran cansancio, pues nada de eso necesitarás. Como dice el proverbio, anda derecho con los pies no lavados, ponte a andar que no te pasará nada por ello, ni aun lo más trivial, y aunque ni siquiera sepas escribir. ¡El orador está más allá de todo eso!

Te diré primeramente qué cosas son menester que tú mismo lleves de las que tienes en tu casa y que conciernen al viaje, y cómo has de aprovisionarte para que puedas llegar al término del viaje lo más pronto que puedas. Luego, dándote yo mismo la instrucción matinal a lo largo del camino y los consejos que son necesarios, antes que el sol se ponga, te haré orador por sobre todos y por tal te mostraré, cual soy yo, sin contradicción al principio, al medio y al último de quienes se esfuerzan por decir discursos.

Nútrete, pues, como asunto principal, de ignorancia, luego de audacia, y sobre todo, de desvergüenza. La modestia, la moderación, el justo medio, o el pudor, déjalos en casa, pues son inútiles y en cierto modo un obstáculo para la acción. Pero sí debes tener una alta voz, un modo musical desvergonzado y un andar como el mío. Son ellos perfectamente esenciales y algunas veces convenientes por sí mismos. Esté adornado tu vestido con bellas flores, o blancas, obra de manufactura Tarentina, de tal manera que a través de él se haga ver el cuerpo, y lleva, ya altas sandalias Áticas de la clase de las que suelen portar las mujeres, con muchas hendiduras, o marcha con botas Sicyonias de lana, guarnecidas con fajas de blanco fieltro, acompañaate de muchos servidores y lleva siempre un libro en la mano.

Eso es lo que necesitas hacer tú mismo. Lo demás míralo y óyelo por el camino, como vayas adelante. Luego te daré las reglas indispensables para que conozcas el arte Retórico y te sea agradable, a fin de que no vuelvas atrás y no lo menosprecies como algo imposible, cual si fueses tú un observador de cosas que no pueden ser reveladas en su secreto. Primero que todo debes cuidar especialmente de tu apariencia exterior y de la graciosa forma de tu traje; seguidamente, escogidas de una u otra fuente, y estudiándolas con esmero, quince o no más veinte palabras Áticas, tenlas listas en la punta de la lengua —“varios”, “entonces”, “te ruego”, “en alguna manera”, “mi querido amigo”, y otras por el arte— y siempre que hables esparce en algunas de ellas un grato sabor. No te preocupes de las demás, si son desemejantes a las otras y extrañas y absurdas.

Solamente sea hermosa tu púrpura y con profusión de flores, aun cuando tu manto sea de una cubierta de lana de la más tosca clase. Ponte a la caza de oscuras y arcanas palabras, raramente usadas por los antiguos, y ten un montón de esas prontas para lanzarlas a tus oyentes. De ese modo el pueblo y la abigarrada muchedumbre tornarán los ojos hacia ti y te considerarán como un hombre maravilloso y que está sobre ellos por la educación, si llamas “estregamiento” a lo que significa raer, “insolación” a lo que es un baño de sol, “preludio”

a las arras y “crepúsculo” al romper el día. A las veces has de formar nuevas monstruosidades de palabras y prescribir que un hábil escritor sea llamado “el que emplea bellos términos”, un hombre inteligente el de “mente sabia”, y un danzarín “sabio gesticulador”. Pero si cometes un solecismo o un barbarismo deja que ese descaro sea tu solo y único remedio, y está listo al punto con el nombre de alguno que ahora no está vivo y nunca estuvo, ya sea de un poeta o de un historiador, diciendo que él, que era un hombre instruido, por extremo preciso en su dicción, aprobó la expresión. En cuanto a la lectura de los clásicos antiguos no la hagas, ya sea ese charlatán Isócrates, ora ese tosco Demóstenes, ya ese fastidioso o frío Platón, sino lee las oraciones de aquellos que vivieron un poco antes de nosotros, y esas que llaman “ejercicios”, para que adquieras por ellas una provisión de alimentos de los cuales puedes servirte cuando se presente la ocasión, sacándolas afuera como de un granero.

‘Cuando hayas menester hablar y los que están presentes sugieran temas y principios de discusiones, censura todo cuanto fuere difícil de manejar y desprecialo como cosa inconveniente en masa, aun cuando alguna de esas no sea un despropósito y dí que ninguno de ellos puede tomarse por un sér real. Pero cuando hayan hecho su elección, sin vacilar dí cuanto se te viniere a la lengua aunque sea inoportuno, ni te pudras en manera alguna porque la primera cosa, por ser realmente la primera, la dirás en el momento adecuado y el segundo después de él, y el tercero después de ése; antes dí primero lo que primeramente te cayere, y si de ese modo te corriere la suerte, no vaciles en encorvar tus sobrecazals en la cabeza y tu yelmo sobre las grebas (3). Pero apresúrate, sigue tu camino y solamente no te calles.

Y si hablases a los Atenenses de un caso de violencia o de adulterio, menciona ejemplos en la India o Ecbatana. Corona cada una de esas cosas con alusiones a Maratón y Cynegiro, sin las cuales no podrás tener éxito enteramente. Deja siempre que el monte Athos sea cruzado en navíos y el Helesponto a pie; deja que el sol se cubra de sombras con las flechas de los Medos, que Jerjes huya y Leonidas sea admirado; permite que la inscripción de los Othryades sea descifrada y que sean frecuentes las numerosas alusiones a Salamina, Artemisio y Platea. Y que sobre todos aquellos nombres floten como sobre una superficie las sediciones y la frescura, y sean varias y ciertamente incantes, aun cuando no haya necesidad de ellas, pues son hermosas, aun cuando proferidas a la ventura.

Si alguna vez te pareciere que hay tiempo para cantar, canta alguna cosa y vuelve a tu canto. Y si alguna vez te faltaren recursos para el canto, nombra a los señores jueces con elegancia y considera que la armonía de tu sentencia está completa. Grita frecuentemente: “¡Ay de mí!”, por tus desdichas; golpea tu pierna, desgañítate, limpia tu garganta, gargajea mientras estés hablando y muévete a grandes zancadas sacudiendo las caderas. Si los concurrentes no te aplauden diciendo: “¡Bravo!”, indignate y vitupéralos; mas si se levantan bajo

(3) Proverbio, por poner la carreta ante el caballo.

el imperio de esa vergonzosa actitud y se preparan a marcharse, ordénales que se sienten y, en una palabra, lleva el asunto de manera despótica.

Cuando el torrente de tus palabras cause admiración, empieza desde la historia de los Troyanos y ¡por Júpiter!, desde las nupcias de Deucalión y Pyrra, si te parece, y trae tu relato haciéndolo descender hasta la hora actual. Pocos serán los que se percaten de eso y la mayor parte callarán ante semejante sabiduría; pero si algunos llegaren a comentar algo, los demás pensarán que eso lo hacen por malevolencia. Los más pensarán que el traje, la voz, el continente, el pasearse, la entonación, las sandalias y tus diversas actitudes dejan perplejos y sin habla; y aún más viendo tu sudor y tu respiración no podrán menos de creer que eres un hábil combatiente en tus oraciones públicas. Además, tu extraordinaria prontitud no suscitará menor apología y admiración para absolver tus equivocaciones; y mira esto: Que no escribas nada, ni aparezcas en público con un discurso preparado, pues es seguro que descubrirás tu vergüenza.

Deja que tus amigos caigan ante tus pies siempre y te reembolsen con sus banquetes dándote la mano si alguna vez perciben que te puedes caer, y preparándote la oportunidad de hallar lo que has de decir en los intervalos de sus aplausos. Por tu parte cuídate también de hacer tu oficio para tener un coro bien entonado.

Eso es lo concerniente a ti en los discursos. Después déjalos danzar a discreción delante de ti, escoltándolos y envolviéndolos en su manto, revisando lo que has dicho. Y si alguno se te dirige, dí cosas maravillosas respecto de ti, alábate sin medida y hazte odioso para él. “¿Qué fue Demóstenes a mi lado?”, y “¿quizá alguno de los antiguos está en carrera conmigo”, y cosas por el arte.

Ahora lo principal, que casi he omitido lo más importante y más necesario para mantener tu renombre, y es que debes reírte ante todos los oradores. Si alguno habla hermosamente, resuélvete a demostrar que eso no es de él, sino de otro; y si alguien está suavemente criticado dí que todo merece censura. En las lecturas públicas hay que entrar después de todo el mundo, pues eso hace insigne tu persona; y cuando todos guarden silencio suelta alguna ruda expresión de alabanza que atraerá las miradas de los presentes, y así los fastidiará de tal guisa que les causará náuseas a todos por la vulgaridad de tus palabras y les hará cerrar los oídos. No palmotees mucho la mano, pues eso vale poco, ni te levantes sino a lo sumo una o dos veces. Por regla general sonríe fingidamente, y así harás evidente que no estás satisfecho con lo que se ha dicho. Hay muchas oportunidades o gestos de repugnancia para la crítica, si uno se tapa los oídos ante los sicofantes.

Además, necesitas osar. La audacia y la insolencia y la mentira, que se andan a la mano, y el juramento que está siempre al borde de los labios, y la envidia y el odio a todos, la difamación y el suasorio denigrar, todo eso te hará famoso y distinguido en poco tiempo.

Tales asuntos son para tu vida pública y para la que lleves en lo abierto. En tu vida privada resuélvete a hacer todo cuanto quieras:

jugar a los dados, embriagarte, ser lúbrico, cometer adulterios, envanecerte por ellos aunque no lo hagas, referirlos a todos, y mostrar apuntes que den a entender que, en efecto, están escritos por mujeres. Aspira a ser elegante y empéñate en crear la impresión de que las mujeres se dan de bruces por amarte.

Esto servirá también para que los más hagan conocer tu retórica, que a la zaga de eso inferirá que tu fama se extiende hasta los apartamientos de las mujeres. Y yo te digo que no te avergüences ante los hombres de ser un afeminado, aun cuando estés barbado y ¡por Júpiter! ya con la cabeza calva. Habrá algunos que te le levantarán en hombros por tal motivo; pero si no los hay, tus esclavos serán dignos de hacerlo. Muchas son las cosas que por razón de eso serán necesarias y prestan ayuda a la Retórica; pero mucho más la desvergüenza y la audacia.

¿Ves que las mujeres son charlatanas e insultan excesivamente a los hombres? Pues bien; si las imitas, las aventajarás aun en eso. Por supuesto, hay que usar depilatorios, especialmente todos, pero si no, los más necesarios. Abre la boca para todo igualmente y que tu lengua sirva no solamente para los discursos, sino para lo que se pueda. No solamente puedes cometer solecismos, sino barbarizar, no sólo charlar y perjurar, maldecir, o calumniar y mentir, sino prestar otros servicios aun de noche, especialmente si tus asuntos de amor son demasiado numerosos. Todo eso sábelo bien, sé sobremanera prolífico y no pongas obstáculos para nada.

Si aprendes perfectamente todo esto, joven, y lo puedes hacer, pues nada es pesado en estas cosas, te prometo confidencialmente que en no mucho tiempo llegarás a ser un excelente orador, igual a mí. Y no tengo empacho en decirte cuántos bienes te vendrán, a poco andar, por parte de la Retórica. Ves mi caso. Que mi padre era un insignificante compañero, sin un claro título, ni limpio para ser libre, que había sido un esclavo sobre Xoís y Thmuis, y mi madre una costurera en los barrios bajos. En cuanto a mí, si mis atractivos personales no eran considerados enteramente despreciables, viví al principio en mala condición, como un ruin admirador precisamente para mi manutención. Mas observando luego que era fácil ese campo me abrí camino a través de él y llegué a la cumbre, pues se han apoderado de mí, ¡oh querida Adrastoá!, todo aquello que he mencionado, la audacia, la ignorancia y el descaro, y ya no me llamaré Potheino (4), sino que he llegado a tener un homónimo, que es el de los hijos de Zeus y Leda.

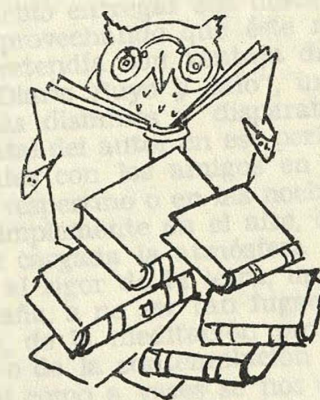
Luego me fui a vivir con una vieja, conseguí primero mis provisiones de ella pretendiendo amar a una bruja de setenta años que tenía cuatro dientes que aún le quedaban, y éstos engastados en oro. Sin embargo, por razón de mi pobreza traté de soportar la prueba, y el hambre hizo que aquellos besos fríos y, ya cerca del cementerio, me pareciesen sobremodo deleitosos. Poco después casi llegué a ser heredero de toda su propiedad, si no hubiera sido porque un maldito esclavo

(4) *Desiderio, deseado.*

fue con el chisme de que yo había comprado un veneno para ella. Fui expulsado al momento, aun cuando no me faltó entonces lo necesario para la vida, pues gozo del renombre de orador y sondeo el oficio en las cortes, inventando generalmente en escena falsedades a mis clientes, aunque ofrezco a los incapaces de pensar entregarles sus jurados a ellos. La mayor parte de las veces quedo desairado, pero las hojas de palma están verdes sobre mi puerta y con coronas atadas con cintas, pues yo las necesito para añagaza de mis víctimas. Mas aun cuando sea detestado por todos, para ser distinguido por la perversidad de mi carácter y la mayor aún de mis oraciones, y para ser mostrado con el dedo cuando dicen: "Allí está aquel hombre que es el primero en toda maldad". me parece que esa es no pequeña proeza.

Ese es el consejo que te doy. Por la diosa Venus, hace tiempo que he sido agraciado con sus dones y estoy profundamente agradecido de mí mismo.

Pues bien, sea. El hombre bien nacido terminará sus observaciones con eso. Tú, seducido por la persuasión en las cosas dichas, considera que aun ahora estás en el principio de aquella meta a donde pensabas llegar, y nada te impedirá, en siguiendo las leyes en los tribunales, dominar las multitudes y ser querido y casarte, no con una vieja de comediantes, sino con la Retórica, la más bella mujer. En consecuencia, la famosa frase de Platón que conducía su alado carro, conviene que sea dicha con mayor gracia por ti que por aquel a Zeus. En cuanto a mí toca, pues soy bajo y pusilánime, me apartaré del camino por vosotros y dejaré de ser frívolo con la Retórica, siendo inútil para ella por causa de vosotros. A la verdad, ya he cesado; así pues, que venga el heraldo a proclamar una victoria incontestable y que seáis admirados recordando solamente esto: Que no es por la rapidez como nos habéis derrotado apareciendo más ágiles de pies que nosotros, sino porque seguisteis el camino más fácil e inclinado.



Literatura



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico